Lecturas sobre el cambio político en México

*Andrea Revueltas Peralta**

A poco más de dos años del cambio de partido en la silla presidencial, el libro compilado por Mayer-Serra y Nacif presenta una serie de artículos —anteriormente publicados en la revista *Política y Gobierno* del CIDE— cuyo objetivo común es aportar elementos para el análisis del proceso de transición política en México.

La pregunta que está en el aire y que se plantean los coordinadores de *Lecturas sobre el cambio político en México* es si “es posible transitar a la democracia mediante reformas liberalizadoras promovidas dentro del régimen autoritario”. Partiendo de la distinción entre liberalización y democratización, los autores analizan y cuestionan el actual proceso mexicano de tran-

sición, desde la perspectiva de que se trata de una liberalización. Según O'Donnell y Schmitter, citados en la introducción del libro, la primera se entiende como el “proceso por el cual se hacen efectivos ciertos derechos que protegen tanto a individuos como a grupos sociales de los actos arbitrarios e ilegales cometidos por el Estado o terceras partes”; y la segunda —democratización—, como la “aplicación de reglas y procedimientos de ciudadanía”, es decir, algo que ha de “hacer efectivos derechos y obligaciones políticas”. El punto de vista elegido por los autores y desde el que se aborda el proceso mexicano es el primero: el de una liberalización política que, en el marco de estos presupuestos y de esta lógica, hubiera debido desembocar en una democratización a partir del 2000.

Los ensayos abarcan cuatro temas del proceso de liberalización política. El primero se ocupa del desgaste del partido

* Universidad Autónoma Metropolitana.

Carlos Elizondo Mayer-Serra y Benito Nacif Hernández (comps.), *Lecturas sobre el cambio político en México* México, CIDE-FCE, 2002, 468 p.

hegemónico en México; el segundo, de la liberalización política y la liberalización económica, dos procesos que se han dado simultáneamente; el tercero, del comportamiento electoral, y el cuarto, de las consecuencias de la liberalización. En las cuatro secciones se destacan las especificidades del proceso mexicano, en el que, a través de un lento proceso de liberalización política, se ha evitado la ruptura hasta ahora. Largo recorrido de un sistema político que mostró una impresionante continuidad a partir de su fundación (a finales de los años veinte), aunada a una gran capacidad para introducir cambios que lo vitalizaron y permitieron su permanencia, aunque con el tiempo lo fueron transformando y debilitando, como lo estudian los autores de los ensayos incluidos en este libro.

Los compiladores advierten la paradoja del sistema, entre su capacidad de continuación y de cambio. Paradoja que nos lleva a preguntarnos, al observar lo que ha sucedido después del 2 de julio de 2000, si no seguimos insertos en el mismo sistema que cambia para continuar, si la alternancia de partidos en el poder no solamente es parte de este proceso paradójico de cambio-continuidad del sistema político mexicano, en el que la democracia es limitada, las inercias pesan fuertemente, las desigualdades siguen en pie e incluso van creciendo, etc. Tema que habría que profundizar con los valiosos elementos que aportan los ensayos y artículos del presente libro y las experiencias de los últimos dos años.

Un tema candente abordado en este libro es el de la reelección como práctica democrática que, al no existir en el sistema mexicano, ha fortalecido el autoritaris-

mo. Benito Nacif postula que la reforma constitucional posrevolucionaria que prohibió la reelección consecutiva en el Congreso, en las legislaturas estatales, en los municipios, sirvió para consolidar el sistema de partido hegemónico e inhibir el desarrollo de la oposición.

En efecto, un número creciente de especialistas politólogos defienden la idea de que la reelección en el desempeño de estas funciones permitiría un efectivo ejercicio democrático. Ahora bien, nos parece necesario añadir que no se debe olvidar que si el régimen mexicano moderno prohibió la reelección, esto se debe a que emergió de una época en la que Porfirio Díaz ejerció su dictadura precisamente según el principio de la reelección; así, resulta interesante ver que el sistema mexicano de aquel entonces permitió una variante autoritaria antes que una democracia efectiva.

En realidad, para entender el sistema político mexicano y para evitar repetir errores del pasado, es indispensable no perder de vista la dimensión histórica. Esto permite tener presente el hecho de que, después de la Independencia, se fueron integrando elementos de la política moderna (democracia) con prácticas políticas tradicionales (clientelismo), lo que generó una primera forma de autoritarismo con el régimen de Díaz, en el que se usaban prácticas democráticas formales en las que se incluyó la reelección y cuyo resultado fue una dictadura basada en elecciones fraudulentas y en prácticas clientelares.

La versión siguiente de sistema autoritario fue el régimen posrevolucionario, que asumió una posición crítica frente a la dictadura de Díaz al prohibir la reelección,

pero que fue tan simplista y maniquea que nuevamente produjo un régimen en el que se mezclaban prácticas democráticas (elecciones) y prácticas tradicionales clientelares, con un excesivo poder presidencial, centralizador y concentrador.

Otro aspecto relevante que se señala en el libro es que la liberalización del propio régimen ha sido promovida y controlada por los propios dirigentes del régimen. La pregunta que se plantea, después de dos años de alternancia de partido en el poder como resultado de las elecciones de julio de 2000, es si este régimen, que integra rasgos tradicionales (clientelismo) y modernos (democracia electoral), sigue imperando o si vamos hacia una democracia efectiva, para la cual es necesaria una sólida y participativa sociedad civil, que aún no se manifiesta plenamente en nuestro país.

En el apartado que se ocupa de la liberalización política y la liberalización económica, se destaca el gran poder que el sistema de régimen hegemónico, a través del presidencialismo, otorga al Estado para intervenir en la economía. Tal capacidad para introducir cambios en las políticas públicas dio como resultado “una paradójica combinación de continuidad en el partido gobernante con una notable inestabilidad de las políticas públicas”. Esta intervención irrestricta del Estado en la economía hizo crisis en 1982 y desde entonces fue limitándose esa capacidad interventora, como lo señalan los artículos que se refieren a este tema.

En cuanto al comportamiento electoral, se observa cómo la liberalización política ha producido una apertura del mercado electoral, hecho nuevo en el panorama del país, aunque a pesar de ello el partido

hegemónico se mantuvo en el poder, es decir, participó en elecciones ampliamente vigiladas, como en 1994, y siguió ganando. Por cierto, este fenómeno se ha repetido a nivel de gubernaturas, de las cámaras, etc., incluso después de la pérdida del poder presidencial, cosa que tiende a demostrar que aún nada está ganado en cuanto a la “muerte” del sistema tradicional, de la “pricultura” que impregna toda la vida política, social y cultural del país.

Por último, en la parte que se refiere a las consecuencias de la liberalización, se confirman algunos hechos inéditos, como el de que en 1988 el PRI obtuvo menos de dos tercios de los escaños en la Cámara de Diputados y perdió la posibilidad de introducir cambios a la Constitución por sí solo. Esto lo obligó a realizar coaliciones, negociaciones con parte de la oposición para llevar a bien las modificaciones constitucionales necesarias para la reprivatización de la banca y la liberalización del régimen de propiedad ejidal. Otro hecho nuevo ha sido la alternancia de partidos en los estados, la primera en 1988 en Baja California. En otros casos, se ha dado que el PRI conserve las gubernaturas pero pierda la mayoría en los congresos estatales.

Estas alternancias de partidos en los estados tienen un efecto descentralizador; los gobiernos de los estados que ha ganado la oposición han ido conquistando una cierta autonomía, misma que habían perdido bajo el régimen de partido hegemónico. Esto se vuelve más importante ahora puesto que al partido que detenta la presidencia se le opone una mayoría de estados en los que gobiernan otros partidos (PRI, PRD). Esto incide, como se señala en *Lecturas...*, en la descentralización del po-

der que puede desembocar en un federalismo efectivo, aunque pensamos que también encierra una perspectiva de disgregación del poder, de pérdida de gobernabilidad, un riesgo de conformación de feudos estatales, de cacicazgos con rasgos mucho más tradicionales. En lugar de alcanzar una moderna y auténtica federación de estados, existe la amenaza de una balcanización del país. No hay que exagerarla, pero tampoco soslayarla.

Así pues, este sugestivo libro, bien informado y riguroso, ofrece una lectura que se puede recomendar a los estudiosos del tema, e incluso a cualquier ciudadano interesado en la actual transición del régi-

men político mexicano. No obstante, como nada es perfecto, es de lamentar que los textos compilados en *Lecturas...*, que fueron publicados en un lapso de seis años, no lleguen al análisis de los cambios ocurridos después del 2 de julio de 2000 (fecha que es un punto de referencia ineludible, se quiera o no). Si bien es cierto, como lo apuntan los compiladores, que “las principales tendencias y problemas están claramente detectados”, no habría sido superflua una actualización de ciertas aseveraciones que extrapolara las conclusiones de los propios ensayos y permitiera una mejor visión global del proceso de transformación política del país.